



EJERCITO
Y
REVOLUCION

Ediciones

MASAS

La Paz - Bolivia

1984

E J E R C I T O
Y
R E V O L U C I O N

(Bases ideológicas de la tendencia
revolucionaria de las FF.AA.)

— 2a. edición —

B O L I V I A
1.984

Editado por
VIVO ROJO

INDICE

Introducción	4
¿Qué es Bolivia?	9
Nación oprimida y nación opresora	18
Rol de las FF.AA. en la actual sociedad	26
La respuesta que damos al problema boliviano	42

¡LOS SOLDADOS NOS ALINEAMOS JUNTO A LA MAYORÍA NACIONAL!

INTRODUCCION

El documento que va a leerse pretende ser un elemento de discusión y abriga la esperanza de fijar la línea revolucionaria auténticamente boliviana para nuestras FF.AA.

Los jóvenes oficiales, suboficiales, sargentos y soldados hemos sido protagonistas inconscientes en el proceso histórico. El famoso apotegma de que "el ejército no delibera y solamente obedece" ha servido para justificar el que fuésemos arrastrados a una y otra posición política, como simple carne de cañón, sirviendo a los intereses de pequeñas minorías, de la antipatria (clase dominante) y del imperialismo, si se exceptúan algunos casos excepcionales como el de la época de Belzu o de ciertos intentos nacionalistas. Dejamos de ser masa gris y sin voz para expresar abiertamente nuestros objetivos.

Lo que fue considerado como una de las más altas virtudes castrenses se presentó como sinónimo de apoliticismo, todo para significar que ni las FF.AA. ni sus componentes hacían política. Desde el momento en que aquellas estuvieron presentes como actores del acontecer político y a veces como su eje fundamental, hicieron y hacen política. Lo grave es que esa militancia política aparece como una vergüenza, como algo que se debe ocultar y que conspira contra la grandeza de la patria. Por estos caminos extraviados se ha concluido convirtiendo a la institución armada en un instrumento dócil en manos de algunos caudillos políticos y jefes castrenses que no solo hacían y hacen política, sino que se dan el lujo de pensar y decidir políticamente por nosotros. Esta actitud es ultrajante e hipócrita yb la cortaremos de raíz.

Entendemos por política por política la actividad de los explotados airedetinr de sus intereses generales y dirigida contra la clase dominante

(clase contra clase), de manera que los primeros para libertarse deberán convertirse en clase gobernante, es decir, tomar el control del poder y de ninguna manera la baja politiquería, el caudillismo, la traición, el caudillismo, los negociados y la bellaquería. Buscamos realizarnos a través de la victoria del pueblo boliviano.

Por necesidad y respondiendo a las características de la sociedad en la que nos desenvolvemos, el ejército realiza y tiene que realizar actividades políticas. Lo que corresponde es que adopte las posturas políticas de una manera franca y fundamentada. Es tiempo de que acabe la hipocresía del apoliticismo castrense. Llamamos a los miembros de las FF.AA. a discutir abiertamente cuál debe ser la línea política revolucionaria que deben seguir.

A las FF.AA. instrumento ciego y meramente obediente oponemos la reivindicación de que se le reconozca el derecho elemental de ser deliberante sobre su destino. Algo más, exigimos que ningún miembro uniformado pueda ser perseguido, castigado o expulsado de las FF.AA. por tener ideas políticas o por exponerlas abiertamente. Mucho se habla de que todos buscan instaurar un régimen gubernamental democrático y, sin embargo, se niegan a reconocer que dentro de la institución, parte integrante de la democracia, sus componentes pueden tener ideas políticas diversas y hasta antagónicas del partido o del sector uniformado ocasionalmente detentador del poder. Únicamente el libre juego de ideas puede contribuir a que las Fuerzas Armadas puedan dotarse de una clara y firme línea política, que, debe corresponder a los intereses de la mayoría nacional y no de un puñado de privilegiados y menos del imperialismo opresor. Defendemos intransigentemente la dignidad humana de los miembros de las FF.AA.

LA CONDUCTA POLITICA de los miembros de la institución no puede ser reglada por las normas de la disciplina castrense y menos por el principio de que la voluntad y expresión de la entidad está determinada por la voluntad todopoderosa del Alto Mando. Si se continúa por este

camino se consagra como única verdad la existencia de unas FF.AA. instrumento de un grupo de elementos ubicados en la alta jerarquía. La fijación de una línea política sólo puede realizarse a través de los canales de la discusión democrática, lo que supone que los oficiales, suboficiales, sargentos y soldados puedan tener absoluta libertad para abrazar las ideas que crean convenientes a su modo de pensar y sentir.

Se comprueba en la práctica diaria que los intereses materiales y profesionales de las capas que constituyen las Fuerzas Armadas e inclusive el trato social son diferentes para cada categoría. La experiencia ha demostrado que esas necesidades no siempre son bien satisfechas por la alta jerarquía militar. Lo menos que puede pedirse es la libre organización dentro del ejército alrededor de la defensa de los intereses económicos y profesionales de las diferentes estratas que conforman la carrera militar. Nuevamente decimos que esto sólo puede materializarse si se impone un ambiente de amplia democracia dentro de las Fuerzas Armadas, ¡Hay que poner fin al trato humillante que se otorga a Sofs., Sgts. y soldados!

Las soluciones que más abajo planteamos para sacar a Bolivia de su tremendo atraso, postración y miseria, tienen necesariamente que corresponder a las grandes tendencias ideológicas y políticas que sacuden profundamente a la nacionalidad. No compartimos el criterio cesarista de que únicamente algunos grupos de jefes uniformados o de políticos profesionales son los llamados a gobernar a los bolivianos, a imponerles con las armas sus decisiones o que monopolizan la verdad absoluta. Dividir al país en civiles y militares, atribuir a los primeros todos los vicios y males y a los segundos todas las virtudes imaginables o viceversa no sólo que es absurdo, sino que conspira contra los altos intereses nacionales. El mesianismo ha sido utilizado en nuestra historia y se lo sigue haciendo para imponer arbitrariamente ciertas soluciones y consignas que de ninguna manera corresponden a las necesidades nacionales, sino generalmente a los intereses de minorías dominantes y privilegiadas y del mismo imperialismo opresor, que

políticamente ha logrado subordinar a sus mandatos al Estado boliviano que absurdamente se precia de soberano y a las FF.AA, ¡Viva la unidad de civiles y militares alrededor de la política revolucionaria!

Las ideas predominantes en la sociedad son las ideas de la clase dominante, las mismas que tienen influencia decisiva en la formación de quienes hemos pasado por los institutos militares. No se nos ha dicho que hay que defender a una determinada clase, pero se nos ha enseñado a someternos y poner a salvo las ideas matrices de la sociedad, que corresponden a la necesidad de preservar los intereses de los detentadores del poder político y económico, pese a las hipócritas declaraciones de defender a los oprimidos y que abundan en los actos cívicos.

La clase dominante es aquella que posee la propiedad de los medios de producción (máquinas, tierras, bancos, minas, etc.) por eso puede imponer sus ideas sobre toda la colectividad. La clase dominante se concretiza en la burguesía (empresa privada, banqueros, mineros medianos, etc.) que es la clase explotadora. No pueden ser lacayos de estos verdugos de la mayoría nacional.

Tiene que acabar de una vez por todas la absurda práctica en sentido de que corresponde únicamente a los jefes de mayor graduación y antigüedad pensar y decidir políticamente por sus subordinados y que éstos en ningún caso pueden tener la razón. Por este camino se ha concluido en que los altos mandos usurpan totalmente la voluntad del grueso del ejército. Puede ser que en materia profesional tenga algún sentido este basamento de la tradicional disciplina castrense, pero en el plano político constituye un exceso que debe ser erradicado de manera terminante.

Políticamente, cualquier miembro de las FF.AA, independientemente de su grado y antigüedad, puede ver de manera acertada cuál debe ser la conducta política de la entidad castrense y cómo ésta puede contribuir

a la liberación del país y de sus sectores mayoritarios. Tendrán la razón quienes se identifiquen con los intereses nacionales, con el sentimiento y la acción de las mayorías y para esto no es preciso que lleguen al borde de la jubilación por viejos o por haber recorrido todo el escalafón que consignan los reglamentos de la institución.

Si democráticamente se va a fijar la línea que deban seguir las FF.AA. -como algunas veces se ha dicho y dice- es claro que se tiene que dar absoluta libertad para que todos sus componentes puedan opinar y discutir libremente. De esta manera lograremos que la mayoría uniformada llegue a identificarse con las posiciones adoptadas por la mayoría nacional.

El documento que va a leerse pretende ser un elemento de discusión y abriga la esperanza de fijar la línea revolucionaria auténticamente boliviana para nuestras FF.AA. No buscamos convertirnos en opresores y dictadores de nuestro pueblo, sino fundirnos humildemente con los bolivianos explotados que están luchando cotidianamente por su liberación. Su causa, aspiraciones y principios son los nuestros.

I. ¿QUE ES BOLIVIA ?

1. Están equivocados los que sostienen que Bolivia no es todavía una nación (es multinacional), que es un país feudal o semi-feudal, o que está a punto de convertirse en una gran potencia continental y mundial. Toda esta palabrería es utilizada para justificar posiciones políticas totalmente equivocadas.

Los que aconsejan constituirse previamente en nación homogénea o en agotar la experiencia de la transformación de la sociedad medieval en capitalista-democrática, concluyen siempre sirviendo los designios de la minoría burguesa que precisa de auxiliares para defender sus menguados intereses o bien de la metrópoli saqueadora.

Bolivia debe su configuración económico-social a uno de los hechos más trascendentales de su historia y que no ha sido otro que la forzada incorporación, desde afuera, a la economía mundial. Desde el momento de su asimilación a esta poderosa unidad y realidad, ésta impone que el atraso boliviano refleje sus leyes generales. Todas las particularidades nacionales, por muy importantes y singulares que sean, particularidades que imperiosamente imprimen su sello en el proceso cultural y político criollos, no son más que el resultado de la acción de la economía mundial en el contexto boliviano. Todo este proceso se ha traducido en un capitalismo peculiar, que muestra poderosos resabios del pasado, que engloba en su seno el atraso y el primitivismo, en fin, que adopta la forma de economía combinada, es decir, la coexistencia de formaciones económico-sociales primitivas junto a las últimas adquisiciones de la sociedad contemporánea (capitalista). Se puede decir que Bolivia muestra la unidad dialéctica de diversos modos de producción, de atraso y progreso.

No somos una sociedad dual, en cuyo seno pudiesen existir dos diferentes sociedades, que se mueven libre y paralelamente, sin conexión alguna. El atraso del país forma una unidad con sus sectores adelantados, que

se relacionan entre sí y se condicionan mutuamente.

El capitalismo atrasado (economía combinada) supone que las tareas democráticas, basamento de una sociedad capitalista altamente desarrollada, se encuentran pendientes de ejecución. Estas tareas serán cumplidas por el proletariado a la cabeza de la nación oprimida.

2. La forma peculiar en la que Bolivia ha sido incorporada a la economía mundial, es decir, en que ha conocido el capitalismo, ha determinado que no hubiese habido tiempo ni posibilidades materiales para la formación de una burguesía revolucionaria y poderosa que, en su momento actuando como caudillo nacional, hubiese podido estructurar una sociedad capitalista plena y libremente desarrollada, es decir, hubiese podido destruir las relaciones de producción precapitalistas para imponer otras que constituyesen el fundamento económico de una sociedad moderna, asentada en la explotación del asalariado y representada por el gran Estado nacional soberano. Uno de los rasgos diferenciales del país es, pues, la ausencia de una burguesía nacional (vale decir industrial) progresista, capaz no sólo de enunciar las tareas democráticas, sino de realizarlas. de entrar en fricción con el imperialismo, de desarrollar una consecuente política de liberación nacional. La burguesía nativa es miserable y caduca, carece de grandes proyectos económico-políticos.

3. Los sectores que hasta ahora se han llamado progresistas o Institucionalistas dentro de las Fuerzas Armadas no han hecho otra cosa que identificarse con algunos sectores de la burguesía nacional, particularmente con los que aparecen como democratizantes.

La caducidad prematura de la burguesía nacional le impide expresarse políticamente con propiedad, es decir, dotarse de un instrumento partidista propio. Sus intereses generales vienen siendo expresados por los partidos políticos de las otras clases sociales, particularmente de la pequeña burguesía y por algunos sectores militares (MNRH, ADN, MNRI, MIR, PRIN, gorilismo golpista, etc.).

4. La tardía incorporación de Bolivia a la economía mundial ha dado lugar a que sea sometida a la división del trabajo internacional impuesta por el Imperialismo y que corresponde exclusivamente a los intereses metropolitanos. Siguiendo el antecedente de la colonia, nuestro país se ha visto reducido a la condición de productor de materias primas y en mercado para los productos manufacturados y capital financiero (inversiones, empréstitos, etc.) enviados del exterior. Allí donde le ha interesado a la producción de la metrópoli imperialista, nuestra economía ha sido rápida y forzosamente transformada y modernizada (por esos filones se ha filtrado algo de la civilización y del progreso), pero se ha mantenido en el primitivismo y el atraso al resto. De esta evidencia arranca el rezagamiento de todo el país. El primitivismo cultural, económico y tecnológico actúa como pesada carga que no permite un rápido e integral desarrollo de todo el país.

El capitalismo ha invadido como imperialismo (exportación del capital financiero desde la metrópoli en busca de mayores cuotas de ganancia), que se ha instalado como enclave económico en medio del primitivismo nacional, buscando explotar las riquezas nacionales y la fuerza de trabajo barata, para seguidamente exportar la mayor parte de la plusvalía producida. Lo que ha comenzado como opresión económica se ha transformado necesaria e inevitablemente en opresión política. La burguesía nacional ha concluido siendo expropiada económica y políticamente. Los grandes inversionistas del capital financiero se han visto obligados, para defender debidamente sus intereses, sus privilegios y sus ganancias, a subordinar a sus planes y órdenes al Estado boliviano, que de esta manera ha perdido su soberanía y se ha convertido en títere de gobiernos extranjeros, particularmente del norteamericano.

5. El imperialismo opresor, que mantiene en sus manos todos los resortes económicos y gubernamentales, que pone y derriba presidentes conforme a sus intereses, que ha transformado un sector de la producción en sentido capitalista, se convierte en la valla más poderosa que impide

que toda Bolivia ingrese plenamente a la civilización (particularmente el agro). Si se quiere aprovechar a plenitud los avances logrados por la civilización, si se quiere estructurar un Estado soberano, se tiene que derribar inevitablemente al opresor foráneo. Ese sentido tiene la liberación nacional.

6. Nos movemos dentro de un país en el que unos pocos son ricos y poderosos y la mayoría pobres y explotados. Esta no es una invención nuestra ni algo que pretendan imponernos los ideólogos o los políticos, es consecuencia inevitable de la estructura de nuestra sociedad, consecuencia del propio desarrollo histórico y que no obedece a determinadas reglas éticas, sino a leyes objetivas.

Algunos militares y civiles que han escrito sobre las FF.AA. creen que los acontecimientos histórico-políticos que conmovieron a esta institución y al país todo, de la misma manera que la conducta de los protagonistas, tienen como explicación las ambiciones personales, el mal carácter de los personajes o simplemente el cansancio o el entusiasmo de oficiales o del pueblo ante una larga permanencia de los caudillos o presidentes en el poder. A veces a este subjetivismo arbitrario hay que añadir el amontonamiento de hechos anecdóticos, no pocos de ellos pueriles, como si esto fuera la esencia de los acontecimientos que hemos vivido. Por este camino se concluye no comprendiendo nada y, voluntariamente o no, se contribuye al culto de la personalidad: Bolivia superaría todas sus miserias y desgracias si apareciese en el horizonte un general o coronel providenciales, geniales y bondadosos.

El proceso de desarrollo y transformación de la sociedad, que esto es la historia, y del que no pueden zafarse las FF.AA., es un fenómeno objetivo que tiene lugar conforme a sus leyes que enraízan en el desenvolvimiento de las fuerzas productivas (base económica de la sociedad) y no son el producto del capricho o funcionamiento glandular de nadie.

Cuando el régimen de propiedad estrangula el crecimiento de las fuerzas productivas ha sonado la hora de modificar estructuralmente el régimen social imperante y tiene que ser modificado tarde o temprano. La actuación política, institucional, bélica, doctrinal o simplemente despótica o democratizante de los hombres uniformados en el poder, son manifestaciones su-perestructurales condicionadas por la base económico -material de la atrasada Bolivia. La política revolucionaria consiste en que los protagonistas de ella subordinan su actuación al cumplimiento de las leyes de la historia en el menor tiempo posible y con el menor desgaste de recursos; cuando no están presentes estos elementos esas leyes encuentran a sus ejecutores importando poco sus virtudes o sus defectos, entonces el proceso de transformación se obstaculiza, se entorpece, se enmaraña. Los hombres, con sus pasiones, sus ambiciones, sus virtudes y sus defectos, son los que hacen la historia, pero no a su antojo, sino en condiciones predeterminadas, creadas por el propio desarrollo social.

Detrás de las decisiones tomadas por los Altos Mandos militares en favor o en perjuicio del país se encuentran poderosas motivaciones político-sociales, intereses de clase, la pugna entre diferentes capas de la clase dominante. Es de esta manera que tiene que explicarse la historia de las FF.AA. Lo que hacen los uniformados encuentra el rechazo, la aceptación o la indiferencia de las grandes masas, de las clases sociales mayoritarias, no solamente conforme a sus intereses materiales (punto de arranque de la diferenciación clasista), sino al grado de evolución de su conciencia de clase, de su experiencia política. En otras palabras, la historia de las FF.AA. se desarrolla en medio de la lucha de clases, esto nos guste o no, hiera o potencie nuestra ambiciones. Únicamente tomando así lo que sucede frente a nuestras narices podremos esbozar las líneas de una política revolucionaria.

Las clases sociales tienen intereses materiales diferentes, de donde arrancan sus ambiciones, sus objetivos y hasta su particular psicología. Este no es un problema de raza, de color de piel, del vestido que se

lleva, de principios morales o religiosos y ni siquiera, en fin, del monto de remuneración que se percibe. Las clases se tipifican porque son o no poseedoras y en qué medida de los medios de producción, lo que determina que concurren al proceso de la producción de una manera determinada. La finalidad de la sociedad (y el hombre vive dentro de ella como el pez dentro del agua) es la producción destinada a satisfacer las necesidades de sus componentes.

No solamente Bolivia, sino toda la sociedad actual, se distingue porque el antiguo pequeño productor ha sido sustituido por un pequeño puñado de hombres que monopoliza los medios de producción y los utiliza como capital con miras a producir ganancia (burgueses) y, en el polo opuesto, por quienes no son más que fuerza de trabajo (energía muscular), que están obligados a venderla a cambio del salario y que carecen de toda forma de propiedad sobre los medios de producción. Entre estas clases extremas se encuentran las clases intermedias, que por eso se llaman pequeño-burguesas, y que al mismo tiempo de poseer en pequeña cantidad los medios de producción (los artesanos, por ejemplo, arrastran desde el pasado la posesión de herramientas primitivas, algunas máquinas, materia prima, etc.) son también trabajadores.

7. El proletariado es la clase que aparece con el advenimiento del capitalismo, de la misma manera que la burguesía, es hijo de la penetración imperialista. Por su propia naturaleza no tiene nada que defender en la actual sociedad y tampoco en las supervivencias del pasado. Su número es pequeño debido a la poca industrialización del país y porque la mayoría de la población está asentada en el campo, donde imperan relaciones de producción precapitalistas; sin embargo, su poderío político, que no guarda relación con su insignificancia demográfica, se agiganta en relación inversa a la insignificancia de la burguesía nacional en este terreno y en el económico.

Por ser resultado de la producción capitalista y no tener la propiedad de los medios de producción es la clase revolucionaria por excelencia,

es la única que puede acabar con la actual sociedad y encaminarse a la construcción de otra nueva. La liberación del proletariado consistirá en que deje de ser clase explotada, es decir, asalariado, siendo una de sus consecuencias el que sea capaz de eliminar toda forma de opresión de clase. Es la única clase que instintivamente es ya socialista (el instinto de las clases arranca del modo como producen su vida social) y cuando adquiera conciencia sabrá que su misión histórica (que coincide con su liberación) es la de sepultar al capitalismo y devenir clase gobernante. Por ser clase revolucionaria encarna las tendencias fundamentales de la historia, que pueden materializarse a través de su práctica revolucionaria; en esta medida su destino es convertirse en caudillo nacional y expresar los objetivos generales de toda la nación oprimida. Enclaustrado en los estrechos límites clasistas no podrá cumplir su misión histórica, necesariamente tiene que apoyarse en la belicosidad y persistencia en la lucha que distinguen a campesinos y sectores vastos y empobrecidos de la clase media de los centros urbanos.

8. El campesinado constituye la mayoría de la población y es el sector mayormente empobrecido; está conformado por una gran masa de pequeños propietarios que utilizan una técnica por demás primitiva, junto a los comunarios que en gran medida se han convertido en propietarios de la tierra.

En las ciudades se encuentran la vieja clase media heredada del pasado colonial (artesanos, etc.) y la nueva, creada por el sistema capitalista para facilitar su funcionamiento (tecnócratas, profesionales, educadores, formadores de la opinión pública, funcionarios estatales, etc.).

Estas capas sociales con frecuencia se subvierten contra el estado de cosas imperante porque, lejos de satisfacer sus necesidades y su ansia de mejoramiento económico y social, agrava constantemente su estado de miseria. La invasión de capital financiero es también invasión de técnicos calificados e inclusive de nivel medio, lo que incide

negativamente sobre los profesionales nativos. La capa estudiantil es muy importante en sus luchas como auxiliares de la clase obrera e imprime su tónica a muchas de las actividades políticas.

Pese a la enorme importancia de las masas en general y al hecho de que no se pueda prescindir de ellas en la actividad revolucionaria, ni el campesinado ni la pequeñaburguesía urbana pueden desarrollar una política independiente y por tanto actuar como dirección de la nación oprimida. Están colocados frente a un dilema; o van detrás de la burguesía o se incorporan a la movilización dirigida por la clase obrera.

9. El proletariado puede llegar al poder porque los intentos del nacionalismo de contenido burgues por cumplir las tareas (democráticas burguesas: superación del primitivismo en el agro, del minifundio, industrialización, creación de un poderoso mercado interno, abolición del analfabetismo y atraso cultural, etc.) han fracasado ruidosamente, porque la burguesía nacional no ha podido materializar la liberación nacional y mucho menos llevar a su punto culminante la reforma agraria que pretendía ser capitalista.

Las tareas democráticas pendientes pasan a manos de la clase obrera (de esta manera cumplirá las que históricamente correspondían a la burguesía y las suyas propias o socialistas) y adquieren una insospechada proyección; desde el poder las cumplirá a plenitud para transformarlas en socialistas, esto porque su misión es la de acabar con la sociedad capitalista y no de consolidarla.

Toda auténtica revolución es mayoritaria y lo será la acaudillada por el proletariado. Esta revolución será protagonizada por la nación oprimida (clases sojuzgadas por el imperialismo). La clase obrera al convertirse en caudillo nacional supera su insignificancia demográfica. Por primera vez el proletariado toma el poder para dejar de ser tal, para disolverse en la sociedad sin clases.

El proletariado, actuando como caudillo nacional, llegará al poder a

horcajadas sobre el campesinado. La revolución, que necesariamente comenzará dentro de las fronteras nacionales y como el hecho más nacional (resultado de la historia del país, de su economía, de su cultura en general) no podrá menos que proyectarse internacionalmente si quiere resolver los gravísimos problemas que engendrará. No debe olvidarse que las fuerzas productivas son actualmente dimensiones internacionales, lo que determina que maduremos para este tipo de revolución radical y nos obliga a apoyarnos en la palanca de la economía mundial para superar nuestro secular atraso.

II. NACION OPRIMIDA Y NACION OPRESORA

1. La incorporación de Bolivia a través de la invasión del capital financiero (imperialismo) ha determinado que todas las clases sociales que componen la nación se encuentren oprimidas por el imperialismo que actúa como nación opresora.

Distinguir a una de otra es indispensable para la política revolucionaria y puede evitar que se concluya formando filas detrás del imperialismo saqueador, como le sucede a la gran parte de la llamada "izquierda nacional" y a la democratizante.

Entendemos como NACION OPRIMIDA a aquella que soporta la opresión imperialista, lo que abre la posibilidad de que aquella en su integridad y las clases sociales que la componen sin excepción puedan asumir actitudes contrarias a la metrópoli y entrar en fricción con ella. Decimos posibilidad y no que la presencia imperialista se traduzca automáticamente en que todas las clases sociales desarrollen una política antiimperialista, esta última es la consecuencia mediata de una serie de factores económicos y superestructurales. Tratándose de la burguesía nacional (que hay que comenzar por diferenciarla nítidamente de la imperialista) hace falta que tenga mucha fortaleza económica (como es el caso de una vigorosa burguesía industrial) para que entre en fricción con la metrópoli alrededor de intereses materiales contrapuestos, por ejemplo, la disputa alrededor del control del mercado. Si en el escenario está presente una burguesía de tales dimensiones es claro que tendrá la posibilidad de expresarse políticamente de una manera adecuada: formará su propio partido que puede convertirse en el caudillo de la lucha popular por la liberación nacional (ejemplo, el peronismo). La burguesía intermediaría, que es la comercial, con mucha frecuencia lleva una existencia parasitaria y vive de las migajas que le arroja la metrópoli. Cumple el sucio papel de testaferro de los intereses antinacionales. Carece de importancia económica y también política.

La pequeña burguesía constituye parte importante de los contingentes antiimperialistas, pero no tiene capacidad por sí misma de romper las cadenas opresivas que ha tendido la metrópoli; lo que hace es ayudar a llevar adelante las políticas que al respecto esbozan las clases extremas de la sociedad: el proletariado y la burguesía.

La indispensable distinción entre nación oprimida y nación opresora nos lleva a rechazar en forma global la política de esta última por ser colonialista y contraria a la liberación nacional, paso imprescindible para que Bolivia pueda ingresar plenamente a la civilización.

Los que se esfuerzan por descubrir aspectos buenos en la política de la nación opresora no hacen otra cosa que descubrir pretextos para justificar el sometimiento del país a intereses foráneos. De esta manera se concluye apuntalando la invasión del capital financiero y el control por parte de éste de los recursos naturales, bajo el pretexto de que se trata de capitalismo bueno y empeñado en el desarrollo nacional.

2. Algunos, partiendo de la evidencia de la existencia misma de la nación oprimida y del hecho de que la opresión imperialista es nacional y no exclusivamente clasista, concluyen nivelando a las diferentes clases sociales, obligándoles a renunciar a sus intereses y reivindicaciones propias, para marchar únicamente detrás de la bandera de la liberación nacional. Se plantea no solamente la contraposición excluyente entre los objetivos nacionales y los clasistas, sino la necesaria subordinación de éstos o su olvido en beneficio de aquellos. Tal es el meollo de la argumentación de las corrientes nacionalistas, de la llamada izquierda nacional y del stalinismo (PCB).

La opresión imperialista plantea, de manera ineludible, la necesidad de consumir la liberación nacional y el problema se concretiza en saber qué clase social puede realizar esta tarea. La clase revolucionaria, que es el proletariado, en su empeño de transformarse en caudillo de la nación oprimida, lucha políticamente (eso supone la imposición de la

estrategia) contra los partidos de las otras clases a fin de arrancarles el control de las masas y arrastrarlas detrás de sí. La lucha política es la expresión más elevada de la lucha de clases: la opresión imperialista exagera la lucha de clases, en lugar de atenuarla. Se tiene que partir de esta posición revolucionaria para evitar que las masas caigan bajo el control y la política burguesas con el pretexto de luchar por la liberación nacional.

3. La acción del imperialismo sobre el país es opresiva, importando muy poco bajo qué pretexto la realice. Durante la segunda guerra mundial (gobierno Peñaranda) se acentuó la dependencia boliviana, cuya economía y política prácticamente se subordinaron a los planes belicistas norteamericanos, todo bajo el pretexto de luchar por la supervivencia de la democracia -así en abstracto- y la derrota del fascismo. No se trató simplemente de que la nación oprimida colaboró con su opresora, sino que el gobierno criollo se abandonó en sus brazos y le entregó a vil precio todas las riquezas del país. El gobierno Villarroel (1943-46) logró su reconocimiento por los EE.UU. a cambio de doblegarse totalmente a la política del imperialismo, que ciertamente estaba también dirigida contra Bolivia; no tuvo el menor reparo en meter en un avión yanqui a los súbditos alemanes y japoneses que estaban trabajando en Bolivia, a fin de que fuesen conducidos presos hasta la metrópoli. Los gobiernos gorilas (Barrientes, Banzer, García Meza, etc) se han esmerado en entregar al país a los yanquis a vil precio. El gobierno democratizante de Siles ha mostrado incapacidad para romper su evidente sometimiento a la metrópoli; al extremo de actuar como un pelele en manos del embajador norteamericano Corr.

Lo que queremos decir es que bajo ningún pretexto se puede colaborar con el imperialismo, porque hacerlo significaría acentuar la opresión que aquél ejercita sin tregua sobre el país y desarmar políticamente a las masas, a la nación oprimida, hacerles creer que la metrópoli saqueadora es capaz de interesarse por la suerte de su semi-colonia y hasta de libertarla. La historia y la ciencia desmienten las tesis de los

entreguistas, que más que ingenuas son cínicas.

¿Un Estado obrero comenzará rompiendo toda ligazón con la economía mundial, es decir, romperá relaciones de todo tipo con los países capitalistas y particularmente con las metrópolis imperialistas?. Esto sería absurdo porque de esta manera la revolución se encargaría de preparar las coadiciones para su rápido hundimiento, Ya hemos indicado que la palanca de la economía mundial ayudará a resolver los agudos problemas creados por el proceso de transformación. Las relaciones comerciales y también las diplomáticas que establezca el Estado obrero, seguirán las líneas maestras de su política interna, lo que es también evidente en el caso de los países capitalistas, de manera que las inversiones foráneas, sobre todo los préstamos al Estado, se orientarán a desarrollar la economía conforme al plan establecido, dejarán de ser enclaves y ya no obedecerán exclusivamente a los intereses de la metrópoli.

La crisis capitalista del país, que no puede ser resuelta por la incapaz burguesía nativa, ha convertido a la deuda externa en una descomunal carga que prácticamente ha semiparalizado la producción.

Los gobiernos burgueses, fascistas o democratizantes, han contraído una descomunal deuda externa con referencia a la poca capacidad productiva del país. Los empréstitos no han servido para desarrollar la economía nacional, sino para enriquecer a algunos burgueses privilegiados. Cada boliviano carga con el peso de mil dólares de deuda. Es ilógico que los explotados empobrecidos tengan que pagar las consecuencias de las bellaquerías de los explotadores. Corresponde el desconocimiento de esta deuda y no simplemente su moratoria, que es una forma de legalizarla. El antiimperialismo obliga, igualmente, a expropiar a la banca, que es el sistema circulatorio del capital financiero.

4. Constituye el más grueso de los errores, en el que han incurrido deliberadamente los sectores democratizantes de la burguesía

(UDP, Paz Estenssoro, Guevara, Lechín, etc.), el colocarse detrás del Departamento de Estado de los Estados Unidos, esperando que éste intervenga todavía más activamente en la política interna del país para establecer la "democracia" formal. Esos políticos que obedecen a los esquemas propios de la incapaz burguesía nativa han subordinado toda su conducta, antinacional y antipopular por donde se la mire, a la perspectiva de que el entonces presidente Cárter derrocarse al gobierno dictatorial y castrense boliviano, para luego convertirlos a ellos en gobernantes. El tan publicitado principio de no intervención fue pisoteado por los mismos que aparecieron como portavoces de la nación que en momento alguno ha dejado de estar intervenida por el imperialismo yanqui, lo que ciertamente importa un acto que con propiedad puede denominarse traición a la Patria, porque voluntariamente se ha convertido al gobierno norteamericano no sólo en árbitro de la política boliviana, sino en su amo indiscutible. Los "demócratas" se arrodillan ante el fascista Reagan para que salve al país de sus miserias y establezca políticamente al gobierno de la UDP.

Cuando Cárter fue derrotado en las elecciones de noviembre de 1980, notables porque casi la mitad del electorado se abstuvo de sufragar, expresando así su desconfianza en la "democracia" norteamericana y de los políticos burgueses, los corifeos criollos de la democracia de clase (en verdad, dictadura de la burguesía) particularmente la UDP, no tuvieron el menor reparo de ofertar sus servicios al derechista Reagan y que tan vivamente desea desencadenar una casería de brujas para destruir a todo movimiento izquierdista. En esta actitud, aparentemente inexplicable, se denuncia la miseria y el parasitismo de la burguesía nacional que se ha atrevido a ofertarle a Reagan un gobierno civil estable, que tendría como misión central la defensa de los intereses metropolitanos.

5. Hay, pues, dos clases de antiimperialismo: el que enarbola la burguesía nacional y el que plantea el proletariado. La liberación nacional adquiere diferentes proyecciones según la clase social que la formule, aunque

siempre se refiere a cómo debe actuar el único protagonista de estas jomadas: la nación oprimida.

La burguesía nacional no busca destruir al imperialismo, lo que supondría la destrucción de la propiedad privada, sino acomodarse adecuadamente a él, mejorar sus relaciones y procurar prosperar a su sombra. La expresión más burda de este antiimperialismo es reducirlo a la exigencia de mejores precios para las materias primas. Para la burguesía nacional, que de manera obligada plantea únicamente la viabilidad de la revolución democrática y en este aspecto está de total acuerdo con el stalinismo, sostiene que la liberación constituye la meta última de la revolución, que una vez logrado este objetivo debe detenerse el proceso de transformación. Si esto fuera así, es claro que se estarían sentando las bases del desarrollo capitalista pleno y libre, que supone la explotación de la mayoría nacional por el puñado de monopolizadores de los medios de producción. La burguesía ya no tiene posibilidades de materializar tal planteamiento porque ha venido muy tarde al escenario, cuando el capitalismo monopolista ha ingresado a su etapa de putrefacción, siendo una de sus fétidas emanaciones el fascismo (gorilismo) y -esto es lo fundamental- cuando se encuentra presente el proletariado como clase, es decir que lucha por sus propios objetivos estratégicos, lo que constituye la más grande amenaza para la existencia misma de la actual clase dominante. La burguesía, cuando ve crecer amenazante a quien está llamado a sepultarla no tiene más remedio que desplazarse hacia la derecha, hacia las posiciones ocupadas por el imperialismo, con quien concluye aliándose en la vana esperanza de destruir al proletariado que no pocas veces constituye su aliado de la víspera. La burguesía en nuestra época se ha convertido en reaccionaria.

Para el proletariado, que no cejará en su lucha hasta la destrucción de toda forma de opresión de clase (eso será la sociedad comunista), la liberación nacional o el antiimperialismo no será más que un aspecto del programa de la revolución que acaudille. Consumará la liberación de

las cadenas imperialistas y la consolidará al proyectarla al marco de la unidad continental. El sueño de Bolívar se materializará, adquiriendo en manos de la clase revolucionaria de nuestra época una inconfundible proyección socialista.

6. Bajo el pretexto de que toda la nación oprimida se ponga en pie de combate contra el imperialismo, la burguesía nacional propugna la estrategia (que lo es en la medida en que la liberación nacional es presentada como finalidad última de la lucha) de la unidad nacional bajo su dirección. La historia y la teoría enseñan que esos movimientos nacionalistas concluyen traicionados por su dirección ruin y entreguista. Se pretende hacer creer que la unidad nacional estará dirigida por todas las clases que la componen, lo que resulta ridículo si se tiene en cuenta que tienen intereses materiales diferentes y hasta contrapuestos. Bajo la máscara de que todos son tratados en un plano de absoluta igualdad, se efectiviza la dirección burguesa, que es garantía de una segura denota y traición.

La clase revolucionaria, el proletariado, se convertirá en caudillo nacional si logra unir a todas las clases sociales oprimidas por el imperialismo bajo su dirección, es decir, en el marco de sus objetivos estratégicos. Esta unidad de la nación oprimida no es otra cosa que el frente antiimperialista revolucionario. Este frente sólo puede existir en condiciones de una profunda movilización de las masas y cuando el proletariado ha tenido lugar de afirmar debidamente su independencia de clase, que debe entenderse como independencia ideológica y organizativa frente a las otras clases y particularmente frente a la burguesía. Mientras la democrática (burguesa) unidad nacional es sobre todas las cosas electoralista (el parlamentarismo es el método de lucha propio de la burguesía), esto porque su finalidad es estructurar el gran Estado nacional, cuya expresión forma! más perfecta es el gobierno democrático representativo, el frente antiimperialista timoneado por la clase obrera utiliza con preferencia la acción directa, siendo sus más elevadas manifestaciones la huelga y la insurrección. Cuando utiliza el

parlamentarismo es sólo para facilitar la materialización de su estrategia y la propia destrucción del parlamento burgués, que no hace más que encubrir la dictadura de la clase dominante.

III. ROL DE LAS FF.AA. EN LA ACTUAL SOCIEDAD

1. El Estado actual no es otra cosa que la burguesía organizada políticamente, que utiliza el aparato compulsivo estatal para poner a salvo sus intereses y para mantener en la explotación y opresión a la mayoría nacional.

El Estado boliviano no es poderoso ni soberano (su debilidad y servilismo reflejan la extrema debilidad de la burguesía nativa), sino que ¿se encuentra políticamente dominado por el imperialismo saqueador, a cuyos deseos subordina sus movimientos y planes.

Como quiera que la actual clase dominante no tiene tiempo ni posibilidades de consumir la liberación nacional, una de las grandes tareas democráticas, tampoco podrá construir el gran Estado nacional soberano (esto es lo que hizo la revolución burguesa clásica). El Estado opuesto al imperialismo será el que estructure la clase obrera victoriosa en el marco de la unidad continental y basado en los órganos de poder de las masas.

2. Las Fuerzas Armadas en toda sociedad clasista son parte integrante del aparato estatal y resumen la capacidad compulsiva de éste; están al servicio de los intereses generales de la clase dominante, aunque apunten a un grupo burgués contra otro y, en algunas condiciones como las bolivianas, cumplen el papel de factor decisivo para la alterabilidad en el poder de esas diferentes capas burguesas. En la práctica las bayonetas sustituyen a la papeleta electoral.

Criatura como es de la clase dominante, refleja todas sus limitaciones y posibilidades. La burguesía ha vaciado, por así convenir a sus intereses y a la sociedad estructurada a su imagen y semejanza, en moldes sumamente estrechos fijados por una rígida disciplina que concluye convirtiendo a los subordinados en autómatas regidos por la omnipotente voluntad del Alto Mando y por un verticalismo sin atenuantes que

permite a este último aparecer como el infalible portavoz de toda la institución armada, como su cerebro y su fuerza motriz. De esta manera las Fuerzas Armadas acaban siendo convertidas en instrumento de la clase dominante.

La institución castrense es el pilar de sustentación del Estado burgués. Se le ha señalado la función central de defender la integridad del país y la vigencia de la Constitución, la ley de las leyes que expresa los intereses generales de la clase dominante y la necesidad de la defensa, por todos los medios, de la intangibilidad de la propiedad privada de los medios de producción. Estas funciones pueden ser mejor cumplidas por un organismo altamente centralizado y ciegamente obediente a su alta jerarquía, que se encuentra estrechamente entroncada e identificada con la clase dominante o con el sector burgués que se encuentra en el poder. A todo esto se le llama defensa sagrada de la Patria y preservación de la herencia dejada por los Libertadores, cuando en realidad no se trata más que de la defensa de la bolsa de la burguesía.

3. Como quiera que la burguesía nativa está sometida a la burguesía imperialista y sirve incondicionalmente los intereses de esta última, de donde arranca que sus intereses y objetivos conspiran abiertamente contra los más altos intereses nacionales, las FF.AA. estructuradas por la clase dominante también obedecen, en último término, a la voluntad y planes colonizadores de la metrópoli imperialista. Las FF.AA. se mueven dentro de la llamada doctrina de la Defensa Nacional, una criatura norteamericana, que se sintetiza en la consigna de que sus fronteras llegan hasta allí donde están sus intereses.

Así como la metrópoli le ha asignado a Bolivia un lugar subalterno en la división internacional del trabajo, también es ella la que ha fijado los moldes ideológicos y organizativos dentro de los cuales han sido vaciadas las Fuerzas Armadas de la semicolonias productora de estaño, que para los EE.UU. constituye un valioso producto estratégico e industrial. Para comprender las razones imperiosas por las que el

imperialismo pone tanto cuidado y tesón en controlar de cerca a las FF.AA. de Bolivia se tiene que tener presente que aquél considera que las minas bolivianas constituyen parte de su dominio y de su reserva natural de minerales. La existencia de ingentes cantidades de estaño en la cordillera y en los llanos bolivianos se convierte actualmente, como consecuencia del indiscutible entreguismo y de la política antinacional de la clase dominante, en una de las causas de la debilidad del país y de su subordinación a los planes colonialistas y belicistas del imperialismo. En el futuro, luego de que triunfe y se consolide la revolución protagonizada por la nación oprimida bajo la dirección proletariado, esos recursos naturales recién podrán convertirse en la piedra angular del desarrollo industrial, integral y armónico de la economía, dentro de la planificación que permitirá la abolición del monopolio del propietario burgués sobre los medios de producción.

4. Nuestra consigna central no es otra que la bolivianización de las FFAA., de manera que se estructuren y se orienten conforme a los intereses nacionales y no a los de la potencia foránea que nos oprime y explota. Esta bolivianización es parte integrante de la autodeterminación y liberación nacionales, en fin de la subversión de la nación oprimida contra el imperialismo. Bien seguro que el ejército bolivianizado corresponderá en su estructura y organización a las líneas maestras que imponga la clase social que detente el poder político en determinado momento. Es absurdo y demagógico hablar del "glorioso ejército boliviano" si lo que tenemos que hacer y cómo organizarnos se decide en la metrópoli. La burguesía ha degradado a las Fuerzas Armadas como institución nacional al subordinarlas totalmente al imperialismo. La burguesía boliviana es tan impotente que no ha podido hasta ahora enunciar su teoría militar y sobre el rol internacional que debe jugar, se limita a repetir que el mandato de la Constitución obliga al ejército a defender la integridad territorial y a resguardar el cumplimiento de su texto, cosa que resulta utópica porque la Bolivia capitalista incipiente no permite el pleno desarrollo democrático. Los mandos militares no han tenido la capacidad de traducir en lenguaje militar la ideología de la burguesía

que eso es la doctrina militar.

También en este terreno el imperialismo sustituye a la clase dominante: la ideología del ejército boliviano ha sido difundida desde Fort Gulick. No solamente las FF.AA. bolivianas sino todas las de América Latina están prácticamente integradas a los planes belicistas de los norteamericanos y forman parte de su política colonizadora. Esta integración de las FF.AA. a la política imperialista funciona a través de diversos tratados e instituciones de inspiración norteamericana y controlados desde el Pentágono. No es casual que tales organismos sean, además de puramente castrenses, antisubversivos y en cierto momento es esta última característica la dominante.

La Junta Interamericana de Defensa, que actualmente dirige la llamada guerra contra el comunismo (para las clases dominantes y el imperialismo, comunismo es toda protesta de los explotados o la simple lucha salarial), está directamente controlada por el Pentágono. El Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) es la versión americana de la OTAN europea, regla las alianzas y asistencia militares. El COPECOM viabiliza las comunicaciones e informaciones inclusive de los planes tácticos, estratégicos, logísticos y organizativos de los diversos ejércitos, siempre bajo la dirección norteamericana. El secreto castrense no existe para los otros ejércitos de países que se los podía suponer adversarios militares y menos para el amo opresor, ese secreto sólo funciona tratándose del pueblo, del país mismo cuyo destino se decide en los conciliábulos de las reuniones directamente controladas por los EE.UU. Cuando la Argentina invocó el TIAR buscando rechazar la invasión extracontinental, los EE.UU. apoyaron a Inglaterra, probando así que el tratado es viable en manos del imperialismo y se convierte en papelucho inservible si los esclavos quieren utilizarlo.

En los institutos militares se enseña que nuestras FF.AA. tienen tres teatros de operaciones: del Pacífico, del Amazonas, y del Plata y que todos los países que nos rodean son potencialmente nuestros enemigos.

Esta "teoría" es pura palabrería porque definitivamente el rol de las FF.AA. es dictado desde el exterior, precisamente por los considerados enemigos, como es el caso de los imprescindibles profesores argentinos, que han demostrado tan flagrantemente su incapacidad militar en el caso de las Malvinas.

No debe olvidarse que la guerra la ganan los países altamente desarrollados, que en su momento puede traducirse en potencia militar. Para reconquistar el mar tenemos que ser una potencia y eso no logrará la caduca burguesía.

La violencia, que en el caso que tratamos se traduce en acciones bélicas, modifica las fronteras e impone determinadas formas de vida y luego vienen los teóricos del derecho internacional a consagrar lo hecho autoritariamente por las espadas. Los principios jurídicos para ser respetados precisan el respaldo de las armas; suficiente recordar la actitud de los EE.UU. frente al bloque soviético. Es la potencia económica la que se traduce en potencia militar y no a la inversa. Un pueblo pobre y atrasado, acostumbrado a pedir y a vivir de limosnas no puede poner en pie a un poderoso ejército y no puede ganar los conflictos bélicos internacionales.

Si las FF.AA. están tan estrechamente subordinadas a los planes belicistas del imperialismo quiere decir que sus altos mandos siguen una política antinacional, contraria a la liberación del pueblo boliviano.

La bolivianización de las FF.AA. quiere, decir la denuncia de estos tratados y la franca ruptura con el Pentágono. Lo menos que puede pedirse es que la institución castrense tenga en cuenta y defienda los intereses nacionales.

La burguesía imperialista no es una unidad sin fisuras; contrariamente, muestra profundas grietas y contradicciones. Reflejando esta realidad, el Pentágono está en constante fricción con el Departamento de Estado,

en esta pugna las FFAA. generalmente siguen las oscilaciones del primero.

La subordinación económica y política a la metrópoli se proyecta en la ciega adhesión de los conductores de las FF.AA. a la obsoleta teoría de la guerra del Pentágono, tan criticada por los propios teóricos del imperialismo. Esa concepción está en decadencia como lo está el capitalismo monopolista. La teoría de la seguridad nacional, originalmente acuñada en el Brasil, no rebasa los límites del capitalismo y apenas si puede servir para la existencia de regímenes totalitarios reaccionarios. No defiende las fronteras nacionales, se limita a sojuzgar y acallar a los pueblos que luchan por ser libres.

No se trata de un equívoco cualquiera cometido por la clase dominante, sino del resultado inevitable de la política que desarrolla la burguesía nativa. La política militar, la orientación que se imprime a las FF.AA., no pueden ser fijadas caprichosamente o como una copia de los textos clásicos en la materia, sino que tienen que corresponder a la naturaleza clasista del Estado y al grado de desarrollo de la economía nacional. La burguesía entreguista no podía engendrar unas FF.AA. auténticamente bolivianas.

Nuestras Fuerzas Armadas no están estructuradas para la defensa territorial ni se orientan hacia esa finalidad, mucho menos a la reconquista del Litoral perdido hace un siglo o a la dominación de otros países, para así convertir a Bolivia en la potencia rectora del continente, etc. La burguesía nacional no ha inscrito en sus estos objetivos, su norte no es otra cosa que abandonarse en brazos del imperialismo y utilizar todos los medios para garantizar que los inversionistas puedan digerir plácidamente las ganancias que obtienen de la explotación de las riquezas del país y de sus obreros. La burguesía parasitaria no tiene sueños hegemónicos en materia internacional sino que se conforma con cumplir el papel de perro guardián de los intereses yanquis. La orientación que ha impuesto a las FF.AA. corresponde a esta mentalidad

chata, a estos menguados y antinacionales objetivos.

La organización, el armamento, el apoyo logístico de las FF.AA., igualmente su educación y entrenamiento no se adecúan para la defensa territorial o para la marcha hacia el Litoral cautivo; han sido concebidos y materializados para una tarea concreta: mantener sumisos a los bolivianos bajo la coyunda norteamericana, asegurar las jugosas ganancias de los capitalistas. No son defensivos ni de conquista, sino esencialmente represivos, gendarmes, lo que constituye una degradación de la institución castrense, degradación que es el resultado de la consecuente política entreguista de nuestra burguesía. Hay que combatir enérgicamente contra tal degradación y sabemos que es una de las consecuencias de la total entrega de la burguesía al imperialismo.

Nos duele profundamente que las FFAA. hubiesen sido convertidas en órgano policial por algunos elementos corruptos, depravados y pro-imperialistas que vienen convirtiendo las actividades represivas a la población y particularmente a los sectores populares, en algo repudiable por su bestialidad extrema. Los uniformados no podemos mirar con indiferencia semejante monstruosidad y luchamos con firmeza contra ella.

La metrópoli imperialista tiene el agudo problema del narcotráfico, que en alguna forma nos ha impuesto. Para combatirlo recurre a su semicolonía a fin de encontrar una salida a costa del bienestar de los pobladores nativos. La supresión de los cultivos de coca, constituye la mejor salida para los yanquis y es esto lo que encargan a sus lacayos, gobierno y FF.AA. nativos. Ellos dan los dólares, nosotros la carne de cañón, pero siempre cuidando de preservar el poderío imperialista. El adorno legalista no falta, son los tratados reservados que han firmado el gobierno udepísta y Washington, pese a que interesa a la población boliviana, a su economía, a su cultura, a sus tradiciones, todo esto no cuenta para los neocolonizadores y su virrey Corr. Lo vergonzoso es que las FF.AA. por culpa del Alto Mando sean las ejecutoras de este

sucio mandato, que tanto hiere los sentimientos y los intereses de los campesinos. La invasión armada del Chapare se ha convertido para muchos en un taparrabos que puede ocultar la indigencia militar del país, puede presentarse como la guerra que siempre se soñó ganarla. Los altos jefes aparecen en esta peculiar "lucha contra el vicio" como vulgares ganapanes. Ya llegará el momento en que los norteamericanos nos envíen cocaína bien empaquetada y rodeada de propaganda acerca de sus milagrosas virtudes, esto no bien legalicen su uso.

5. Nuestro planteamiento no debe entenderse como si buscásemos únicamente mejorar o reformar a las FF.AA, actuales (criatura de la burguesía y del imperialismo) pues nuestro propósito es sustituirlas por otras nuevas, que correspondan a un Estado y sociedad también nuevos. Sin embargo, la lucha por esas nuevas FF.AA. tendremos que librarla ahora, en el seno de una institución que agoniza, a fin de sentar los gérmenes de otra, de asimilar críticamente la experiencia amarga de una que naufraga, experiencia sobre la que se levantará la nueva institución armada.

Nuestra lucha por el mejoramiento de la condición de vida de todos los uniformados, de las condiciones de trabajo en el seno de la institución, por la modernización de los servicios, medios y métodos, está estrechamente vinculada y subordinada a nuestro objetivo central principista. La batalla por el logro de las reivindicaciones inmediatas constituye el marco en el cual maduran oficiales, suboficiales y sargentos, a fin de que puedan comprender cuál es el verdadero funcionamiento de la institución, de las relaciones del Alto Mando con el poder Ejecutivo, del significado de la disciplina vertical, del manejo de los recursos económicos y otros. Un ejemplo: debe lucharse porque la administración económica en todos los niveles debe ser conocida y controlada por los componentes de las FF.AA.

Si en general las Fuerzas Armadas son los pilares de sustentación del Estado, oculte que el Estado boliviano está sometido y políticamente

controlado por el imperialismo, de aquí se deduce casi mecánicamente que la entidad castrense no tenía más salida, en el marco burgués, que la de convertirse en insignificante adminículo del Pentágono. Para los uniformados la liberación nacional tiene relación directa con su vida cotidiana.

Cuando el gobierno norteamericano y no ningún sector burgués boliviano, decretó el boicot diplomático, económico y por tanto, logístico-castrense a la dictadura garciamecista, la alta dirección de las FF.AA. no atinó a afirmar su independencia, sino que se limitó a añadir un otro amo: las misiones argentinas y de otros países metieron en su puño a las FF.AA. y no únicamente a los servicios de inteligencia en todos los niveles. Esta es una conducta vergonzosa que debe acabar. A medida que los sargentos, que nos imponen desde arriba, disminuyen en calidad y poderío económico su despotismo se toma intolerable y odioso. Los militares bolivianos, que sabemos perfectamente que por el momento tenemos que seguir moviéndonos en un país empobrecido, saqueado y ultrajado, expresamos nuestra voluntad de luchar con toda energía contra la deliberada subaltemización de las FF.AA. a las grandes potencias imperialistas o a los países vecinos que han logrado un relativo desarrollo industrial sin por esto haber logrado superar su atraso y menos materializar la liberación nacional, que únicamente puede darse en la por ahora imposible unidad continental. Que todos sepan y nadie dude que nuestra voluntad es la de ser dueños absolutos de nuestras FF.AA., a las que estamos dispuestos a dotarles de su propia ideología, de una particular teoría de la guerra y señalar la función de los uniformados en la necesaria e impostergable transformación de la estructura económica del país.

6. En las actuales condiciones político-económicas, las FF.AA.-gendarmes se limitan a defender con la vida y el prestigio de sus componentes, la propiedad privada de los grandes potentados, de los empresarios privados y de los inversionistas (capital financiero). Ninguno de nosotros ignoramos que estamos entrenados, organizados y armados

para cumplir únicamente misiones represivas, que son odiosas, antipopulares y antinacionales, porque son planificadas y controladas por una burguesía que se ha entregado en cuerpo y alma al enemigo foráneo. Esta vergüenza tiene que acabar. La historia boliviana es, en gran medida, la historia de las marchas punitivas de los uniformados contra las masas y poblaciones indefensas, que cometieron el delito de ganar las calles y utilizar la acción directa en defensa de mejores condiciones de vida y de trabajo y de las más elementales garantías democráticas. Hay que acabar con la vergüenza de las FF.AA.-gendarmes, condenadas a consumir periódicamente genocidios inconfesables. Elevamos nuestro grito para proclamar que dejaremos de ser los gendarmes de la chata y castrada burguesía nativa y mucho menos de los imperialistas chupasangres. Nadie puede enviarnos a cometer carnicerías violentando nuestra voluntad.

Buscamos transformar a las FF.AA. y ubicarlas adecuadamente en el presente proceso convulsionado y de transformación, a fin de que luchan al lado de las mayorías nacionales, se integren al pueblo. La ancha base social de las FF.AA. (soldados, sargentos, suboficiales y oficiales) se nutre cotidianamente de campesinos, obreros y gentes venidas de las capas más amplias de la clase media, esta masa aprende a manejar las armas y a obedecer y nada más. No es propiamente el pueblo en armas, sino una parte del pueblo, armado y disciplinado para obedecer ciegamente a sus propios enemigos, a los que sirven al imperialismo y conspiran contra la existencia misma de Bolivia.

La institución tiene una sola forma de ser pueblo, de integrarse al seno de las mayorías nacionales: alinearse junto a ellas en la lucha liberadora. Aclaremos con toda nitidez a los demagogos que quieren embriagar a los bolivianos empobrecidos hablando de "liberación nacional y social" que la consigna democrática de liberación nacional quiere decir romper las cadenas imperialistas y que la liberación social, demanda inconfundiblemente socialista, quiere decir que el proletariado y otras clases dejen de ser explotadas. La burguesía nacional, aunque digan

lo contrario sus portavoces, no tiene posibilidades ni interés en cumplir ninguna de esas tareas, que las realizará el proletariado convertido en caudillo nacional, desde el poder. Los militares concientes nos alineamos junto a las mayorías nacionales dentro de esta perspectiva. Estamos hablando de la necesaria conciencia que deben adquirir los oprimidos para luchar contra el imperialismo y poder cumplir su tarea liberadora.

7. Los jefes, oficiales, suboficiales y sargentos somos profesionales que cumplimos tareas concretas dentro del Estado burgés sometido a la opresión imperialista; desde el punto de vista de clase somos, pues, componentes de la pequeña burguesía, de la nueva clase media que responde a la necesidad de asegurar y facilitar el funcionamiento del complicado aparato estatal. Como pequeña burguesía no tenemos una política propia, conciente e independiente de la que desarrolla la burguesía y la clase obrera y ahora nos alineamos deliberadamente junto a esta última. Por esto mismo es absurdo que pretendamos ser la dirección política del proceso de transformación protagonizado por las masas, la dirección revolucionaria corresponde al proletariado y le reconocemos esa calidad. Sabemos que nos corresponde jugar un importante papel en el proceso revolucionario.

Las posiciones terceristas, cuyas expresiones más escalrecidas son el peronismo, el nasserismo, el velasquismo y particularmente el nacionalismo militar, no son otra cosa que expresiones vergonzantes de las posturas burguesas en los países atrasados, que plantean la utopía del desarrollo integral e independiente del país en el marco de la propiedad privada burguesa, planteamiento que no es desmentido porque se logre la estatización de los medios de producción dentro de los moldes del capitalismo de Estado, Cuando el Estado capitalista estatiza, *a* hace en defensa de los intereses generales de la burguesía.

No seremos dirección de las multitudes irredentas, pero sí el contingente que puede decidir el destino de la lucha final del pueblo por su liberación y por la derrota del imperialismo opresor. Así contribuiremos

a transformar a la sociedad y a crear las nuevas FF.AA.

8. Nuestro objetivo es la identificación con nuestro pueblo en su acepción más amplia, correcta y desinteresada. Por esto buscamos fijar una línea de conducta para las FF.AA. que les permita ocupar un lugar concreto en la lucha de liberación junto a los sectores mayoritarios. Internamente libramos recia batalla contra la minoría de la alta jerarquía que se encuentra totalmente identificada con la política e intereses de la clase dominante y del imperialismo. Tenemos que destruir todas sus posiciones ideológicas que son parte integrante de la ideología oficial, remedo contrahecho de lo que dicen el Pentágono y la burguesía imperialista, y oponemos vigorosamente a su acción cotidiana que abiertamente atenta contra la existencia misma de la nacionalidad. De esta manera se refleja la lucha de clases dentro de las Fuerzas Armadas, que siendo producto de la sociedad clasista son protagonistas activas en ella. Lo que estamos proponiendo es que la mayoría de las FF.AA., los elementos jóvenes y los no corruptos, las capas vitalmente entroncadas en campesinos, obreros y clase media, se desplacen desde el polo social burgués-imperialista, hacia las trincheras en las que es dirección la clase obrera. Nosotros somos revolucionarios, no golpistas.

De esta manera acabaremos con el odioso caudillismo, que no es otra cosa que el resultado de una burguesía nativa extremadamente débil, que hasta ahora no ha logrado la deseada estabilidad social y política. Como quiera que no tiene posibilidades de darse una vigorosa expresión política, recurre a las FF.AA, y a los caudillos uniformados para expresar de manera torcida sus intereses generales e intentar realizarlos. Mientras la clase dominante no sea sepultada, el caudillismo militar y civil seguirán marchando viento en popa, porque constituye el canal político que mejor puede asegurar la permanencia de la burguesía en el poder.

El poco desarrollo capitalista (Bolivia sufre las consecuencias de su incorporación a la economía mundial y, al mismo tiempo, del excesivo peso de la herencia pre-capitalista) no ha permitido la aparición del

basamento material que dé lugar al florecimiento de la democracia formal, que necesariamente supone la estabilidad política, social, jurídica y económica, presupuesto para el funcionamiento del sistema capitalista totalmente desarrollado; esta misma causa, que se traduce en la extrema debilidad política y económica de la burguesía, es la que genera la presencia dominante del caudillismo y de las FF.AA. jugando un rol preponderante en la política dictada por la clase dominante.

Se podrá argüir que Bolivia está predestinada a seguir existiendo bajo la espada o la levita de los caudillos traidores y maniobreros. Esta es una historia común a todos los países en su período de búsqueda de su integración e ingreso pleno al capitalismo. Nuestro pasado ha sido caudillista y las FF.AA. han sido sus primeras víctimas, porque siguieron nutriéndose de una estructura económica dominada por las relaciones de producción pre-capitalistas en el agro (que, por otra parte no han podido ser superadas por la fallida reforma agraria movimientista ideada como burguesa, pero que no ha sido ejecutada como tal), realidad que genera sin cesar el localismo, las tendencias regionalistas centrífugas y el mismo caudillismo en política. No se ha logrado poner en pie la unidad nacional ni ensanchar el mercado interno, lo que se traduce en la permanencia del caciquismo.

No está en nuestras manos el transformar las relaciones de producción sin romper el marco burgués o siguiendo los extraviados caminos del reformismo, del pacifismo, del evolucionismo gradualista, del parlamentarismo, es esta imposibilidad la que explica la vigorosa supervivencia del caudillismo y de los golpes de Estado, que dentro del remedo democrático boliviano cumple el curioso papel de viabilizar a su modo la altemabilidad en el poder de los diversos sectores de la clase dominante, siendo esta última una de las características del sistema democrático formal. Sin embargo de todo esto acabaremos con el caudillismo, sepultaremos a las bastardas ambiciones que dominan en la alta jerarquía castrense, alineándonos osadamente en la lucha revolucionaria y multitudinaria del pueblo boliviano.

9. La clase dominante y su amo imperialista han ingresado a un franco período de desintegración, lo que potencia a las tendencias revolucionarias y a la clase social que encama el porvenir. Esa desintegración se da a través no sólo de la desmoralización y desorientación de sus propias élites dirigentes, sino como el avance del cáncer de la inmoralidad y de las actividades ilícitas; parecería que unos pocos conspiran abiertamente contra la integridad y el porvenir de su propia clase. El aparato y recursos estatales son utilizados, en medida cada vez más creciente, en beneficio personal o de reducidas camarillas organizadas alrededor de prevendas y privilegios de tipo económico.

Como no podía ser de otra manera, las Fuerzas Armadas han sido arrastradas a la vorágine de la inmoralidad, de la corrupción, del narcotráfico, de los negociados ilícitos y al propio proceso de desintegración. De igual manera que la burguesía, la institución castrense está atravesando por su período de más aguda crisis: una crisis ideológica y moral. El basamento de ideas que les sirvió para constituirse se desmorona y en ese proceso se acentúa la inmoralidad de sus cúpulas más elevadas. Día que pasa capas más vastas son empujadas a la comisión de actos ilícitos y francamente inmorales, inclusive desde el punto de vista burgués.

Bolivia es un país extremadamente pobre, pobreza que golpea despiadadamente a sus trabajadores y a la mayoría de la clase media. Por esto mismo las actividades ilícitas se van incorporando como parte de la existencia misma de las personas y de sus instituciones.

Las FF.AA. son presentadas como guardianas de las leyes y, sin embargo, sus componentes de mayor jerarquía son quienes se encargan de violarlas en su provecho personal. El contrabando, el mal manejo de dineros de la institución, el tráfico de drogas es cosa de todos los días y tiende a convertirse en la norma de existencia de una entidad que necesariamente debería distinguirse por la verticalidad de la conducta

de sus componentes. Se conoce el caso sorprendente de que casi la integridad de una unidad militar del oriente se vió complicada en la fabricación de cocaína, mostruosidad que se mantuvo en reserva porque los hilos del sumo negocio iban hasta las manos de algunos ministros de estado. Hay que acabar con este avance de la inmoralidad y la desintegración y sólo se puede lograr esto a través de una profunda politización de las FF.AA. y de su incorporación al movimiento revolucionario.

Las FF.AA. del futuro, por las que trabajamos ahora, no serán simplemente una prolongación de las actuales que muestran tantas taras de la burguesía miserable, sino que nacerán de la entraña misma de la clase revolucionaria y de las masas y estarán ideológica y organizativamente subordinadas a los objetivos de éstas. Se potenciarán en la medida en que se agigante el desarrollo económico del país.

Esas FF.AA. serán también de clase, pero no darán lugar a que se las tipifique como de casta, tal como sucede ahora, cuyos privilegios están consagrados por la costumbre, aunque no por la ley escrita. La vieja institución puede ser que no haga una discriminación de los postulantes a sus filas con un criterio de pureza de sangre, pero se encarga de desclasarnos a quienes salimos de las capas populares y concluye formando un grupo de privilegiados.

Las futuras FF.AA. estarán orgullosas de su politización, de su adoctrinamiento clasista a diferencia de las actuales que han convertido el a-politicismo en una virtud. Es la clase dominante la que juega con ese -apoliticismo para lograr que la institución concluya defendiendo -acaso sin darse cuenta- su condición de tal.

Constituye un grave peligro el que a los oficiales, suboficiales, sargentos y soldados se les enseñe y casi obligue a separar entre su oficio militar y la política. En ningún lugar y en ningún momento la actividad militar es extraña o contrapuesta a la política, sino que, contrariamente, es la

que condiciona la orientación militar de las FF.AA.

Exigimos que en los institutos, regimientos y reparticiones militares se forme un órgano fiscalizador formado por representantes de todos los grados, llamados a controlar las decisiones y actividades del comandante, a fin de evitar los abusos, el pillaje y la sinvergüenza a los que están acostumbrados.

IV. LA RESPUESTA QUE DAMOS AL PROBLEMA BOLIVIANO

1. Los problemas bolivianos son los de su atraso y sus emergencias (en una palabra, no cumplimiento de las tareas democráticas o burguesas fundamentales), entre las que hay que incluir la opresión nacional y la mediterraneidad. El gran desafío consiste en superar esta lamentable situación estructural, que políticamente se expresa en la imposibilidad de poner en pie el gran Estado nacional soberano (materialización de la liberación nacional), la democracia formal y de sepultar las tendencias caudillistas, localistas y regional-separatistas. Hay que repetir que otra de sus consecuencias es la subalternización de las FF.AA., su subordinación, a los mandatos y voluntad del imperialismo. El atraso económico se traduce en atraso cultural.

Conocemos perfectamente la realidad de la que partimos, la estudiamos atentamente para transformarla. Esta es la gran ventaja que tenemos con referencia a los viejos cuadros que actualmente monopolizan los mandos superiores y el poder dentro de nuestra institución y el ámbito nacional. Nuestro propósito es, pues, subvertir este estado de cosas. No podríamos colocar a las Fuerzas Armadas en el campo de la revolución, al lado de las grandes mayorías, si no arrojamos por la borda a los envejecidos y caducos mandos y reglamentos. Esta revolución dentro de las FF.AA. forma parte del desarrollo de la propia revolución boliviana.

2. Desahuciamos la vía pacífica parlamentaria y el evolucionismo gradualista como los caminos que pueden conducir a la nueva sociedad, ésta no será la transformación reformista del capitalismo, menos el resultado del ablandamiento o embellecimiento de la opresión imperialista. El caudillismo se nutre de estas ilusiones, que son las proposiciones utópica de una burguesía caduca. Sostenemos que la transformación de la estructura económica de Bolivia (esto es con propiedad la revolución boliviana) se hará por la vía insurreccional, punto culminante de la gran movilización de las masas. Es dentro de

este proceso que ocupamos el puesto que nos corresponde al lado de las mayorías y reconociendo la dirección política de la clase obrera.

3. Siendo una de las expresiones de nuestro atraso la mediterraneidad, estamos vivamente interesados en superarla. La historia ha demostrado que las fórmulas burguesas del reivindicacionismo y del practicismo conducen a la segura derrota y frustración de lo que constituye una de las más sentidas aspiraciones populares y castrenses. En el marco de la balcanización de América Latina (baleanización impuesta y aprovechada a fondo por el imperialismo), cuando la prosperidad y desarrollo de un país parte del aplastamiento de los vecinos, lo que determina que la solidaridad americana no sea más que una frase para ser repetida en los banquetes diplomáticos, no se puede esperar que se logre la solución de la mediterraneidad bajo el amparo del derecho internacional o de las presiones que ejercitan en nuestro favor los otros países. Lo anotado se ratifica por el virtual hundimiento de los propósitos integracionistas de la ALALC, del grupo Andino, etc. Corresponderá a la mayoría de los bolivianos, marchando bajo la dirección obrera, dar solución, después de su victoria revolucionaria, a la salida al mar en el marco de la unidad continental, de la unidad socialista de América Latina.

4. Hacemos nuestra la estrategia de la clase obrera y su programa revolucionario que parte del supuesto de que el nuevo Estado estatizará, a nombre de la nación toda, los medios de producción y planificará, esto por primera vez, la economía, lo que permitirá que las tareas democráticas plenamente cumplidas se transformen en socialistas. Dentro del régimen burgués sólo puede haber remedos de planificación, que es lo que hace el Ministerio de Planeamiento, porque tiene que ponerse a salvo los intereses individuales de los empresarios privados y los regionales, que en la práctica hacen fracasar cualquier intento planificador.

Ese nuevo Estado no será tampoco la simple transformación interna del actual Estado burgués, que puede expresarse tanto a través de los

gobiernos fascistas como democráticos, sino que constituirá el punto culminante del desarrollo de los órganos de poder que las masas no tienen más remedio que crear como consecuencia de su propio ascenso revolucionario y como respuesta a la necesidad de superar los obstáculos que no cesa en oponerles la clase dominante.

5. En la medida en que nuestra tendencia castrense se fortalezca, en la medida en que se fortifique organizativa e ideológicamente y en la medida en que aplastemos a las tendencias reaccionarias, pro-burguesas, proimperialistas y golpistas dentro de nuestras filas, las FFAA. se irán integrando en el gran proceso revolucionario.

Podemos sintetizar nuestros objetivos inmediatos en el logro de la bolivianización de las FF.AA. y su transformación de ciego instrumento en manos de la clase dominante en organismo deliberante, políticamente definido y con una estructura ampliamente democrática, donde sea posible que las ideas se expresen libremente sin temor a represalias.

Incorporamos a nuestro programa las reivindicaciones que nacen de las necesidades de vida, de trabajo y profesionales de los componentes de las FF.AA. No más odiosos privilegios para los altos jefes, que las prestaciones sociales y retribución económica se administren sin preferencias. Respeto a la dignidad humana de los componentes de las Fuerzas Armadas. Que cese el trato ultrajante que los altos jefes dispensan a sus subordinados, respeto a los soldados y prohibición de que sean empleados en menesteres subalternos o sean alquilados a empresas privadas en beneficio de los jerárquicamente superiores. Basta de negociados y peculados, de malversación de fondos, de raterías a costa del malestar de los oficiales, suboficiales, sargentos y soldados. La honestidad en el manejo de los dineros de la institución sólo puede lograrse si hay lugar a que todos sus componentes participen en las esferas administrativas que es lo que de inmediato debería implantarse en COSSMIL. por ejemplo.

6. Nuestra preocupación se dirige a la situación de miseria y de postración del campesinado y que no es más que la exteriorización los mayores obstáculos que tiene que vencerse para lograr el desarrollo integral y armónico de la economía. La infinidad de parcelas diminutas, con o sin títulos de propiedad, tiene que ser superada y sabemos que este objetivo no se logrará en el marco del capitalismo, es decir de la gran hacienda burguesa, una muestra insignificante de de la cual se tiene en algunas regiones del oriente, sino a través de formas colectivistas. El desarrollo industrial de las ciudades puede facilitar el paso de la situación actual a otra superior.

De una manera general, el nuevo Estado utilizará métodos socialistas para el cumplimiento de las tareas democráticas hasta ahora postergadas y esto mismo garantizará su transformación en socialistas. La revolución boliviana, que será combinada y no puramente socialista, necesariamente comenzará en los límites nacionales y se proyectará continentalmente para consolidarse y poder vencer las tremendas dificultades que genere y también a la opresión imperialista.

La revolución será combinada porque cumplirá tanto las tareas burguesas como las socialistas. La vigencia de la economía mundial determina que la revolución en nuestra época sea también mundial y socialista. Sin embargo, el desarrollo desigual de la conciencia de clase del proletariado condiciona que la revolución comience en los límites nacionales, en su forma, aunque por su contenido no puede ser menos que mundial.